

TV y VIOLENCIA

Ignacio Ibáñez

“Los Juicios de Dios” medievales se han convertido en “juicios de los hombres” de nuestros días. La tierra toda se encuentra salpicada de la sangre y destrucción de estos “juicios de hombres”. Vietnam, Biafra, Medio Oriente son apenas unos hitos de esta violencia.

Violencia que, sin ir más lejos, ha tomado entre nosotros la forma de asaltos, atracos de bancos, acechanzas guerrilleras, etc., etc. Las páginas de esta revista así los muestran. Huelgan, pues, las palabras.

Televisión, ventana abierta al mundo

La TV es una ventana por la que el mundo se adentra en nuestro ambiente hogareño; y si el mundo es guerra y violencia, la guerra penetra en el hogar; si la paz extendiera su manto sobre la tierra, por la TV lo sabríamos. Y en esto no está aislada la televisión. Repercute como ella o en mayor medida la amplia pantalla de cine, las gritadas noticias de asesinatos en la radio o la agresiva página roja del periódico. Nadie está exento de la acusación, aunque el mal común no invalida las acusaciones particulares.

Ahora bien, la pregunta acuciente es: ¿Hasta qué punto la TV influye en la misma violencia? Muchos son los estudios que han intentado dar una respuesta veraz y objetiva a esta pregunta. Pero todos, dentro de la diversidad de opiniones, están de acuerdo en señalar que es el medio ambiente factor decisivo en la creación de la violencia. Son las relaciones con los miembros de la familia, o de su grupo, las que implican el elemento decisivo que será rubricado por la contemplación de la violencia a través de los medios, en especial la TV.

Violencia televisada

La televisión está basada en la imagen e imagen es una figura que representa algo. De ahí que lo que vemos en televisión no sea la realidad misma, sino una representación de la realidad. Este hecho es de suma importancia al calificar cualquier aspecto de tipo estético o social. Existe una diferencia substancial entre una y otra. Violencia real no es “violencia televisada”. Esto no quiere decir que la violencia por TV no sea nociva. Más aún, habrá casos en que su peligrosidad sea mayor. La acción de los personajes y una recta y deliberada utilización de la cámara puede acrecentar

el valor de la representación. Esa abundancia de planos cortos, motivada en parte por la pantalla pequeña, hace que el puñetazo adquiera nueva dimensión y fuerza inusitada. Un acto de violencia que en la realidad nos hubiera parecido ficticio, en la TV cobra caracteres de veracidad. A esto se añade la peculiaridad anotada en nuestro número anterior. La TV va dirigida a una persona. La lucha expuesta y agrandada ante los ojos del niño o del joven se presenta como un mensaje particular y único para él.

Nuestra televisión

No resulta difícil encontrar en nuestra programación televisiva programas donde abundan los actos de violencia. Tal vez esta abundancia no llegue a las cinco o seis horas de algunos canales televisivos de los Estados Unidos, pero no anda muy lejos. Justo es confesar que esta violencia domina en los programas venidos de otras partes: telefilmes, largometrajes, dibujos animados. Lo lamentable es que todavía ocupen un lugar tan privilegiado en la programación nacional, sobre todo la juvenil. Común denominador de ésta es la violencia y el héroe predominante agresivo. El ideal del joven es “el héroe macho, triunfador de dificultades, sin respeto por regla moral o social, ambiguo en sus relaciones con la policía o los delincuentes, que en vez de dejar resolver los problemas a la justicia, los resuelve él solo”. No abunda, por el contrario, la aplicación del compañerismo y cuando el bien triunfa sobre el mal es sobre la base de la violencia.

La excusa expuesta por los realizadores de este tipo es que ellos se limitan a seguir las preferencias que el público manifiesta. Una vez más nos encontramos con el núcleo decisivo del problema. La comercialización de los medios informativos y la industria del espectáculo ha llevado a prescindir en muchos casos de la justa valoración moral o psicológica de las responsabilidades que el hacer televisión lleva consigo. Son elocuentes en este sentido las declaraciones del profesor Luigi Volpicelli:

“La civilización de las imágenes ha determinado una patológica necesidad de superemociones, para satisfacer la cual ya nada parece que sea suficiente y por la que desde hace tiempo está construyendo su propia prosperidad la industria del horror; las necesidades llaman a otras necesidades; la tortura se

tecnifica, se automatiza la violencia; a la ley no le queda más que el 007, el amigo público número 1.”

Las necesidades llaman a otras necesidades. Es verdad. El niño moderno está habituado a la violencia desde tierna infancia. Así se va endureciendo la psicología humana, buscando mantener un equilibrio emocional. Y como el productor necesita de todas formas buscar la atención y arrastrar la emotividad, no le queda otro recurso que insistir con dosis cada vez más fuertes.

Esta realidad del recrudecimiento cualitativo de la violencia nos hace pensar en el sentido de honda preocupación manifestado por diversos sectores de nuestra sociedad ante la violencia no sólo en la TV, sino también en los otros medios de comunicación social.

Sería tal vez injusto, e incluso inexacto, afirmar que nuestra televisión explote preferentemente los temas de violencia. Pero no por eso deben cerrarse los ojos a la realidad y situación actual.

Si bien es cierto que en muchos casos para los televidentes, sobre todo juveniles, la violencia televisada, por vía de identificación, sirve de válvula de escape, no lo es menos que también por vía de sugestión e imitación es un incentivo terriblemente peligroso para los mismos televidentes.

La ubicación de la violencia en un determinado horario y el mantenimiento de ciertos tipos de programas venidos sobre todo del exterior, más que inclinarnos a una despreocupación, debe movernos a un alerta vivo e inquietante. Inquietante sobre todo en los momentos álgidos que vivimos.

Muy plausible fue la reunión tenida por el propio señor Presidente de la República con los responsables inmediatos de los diversos medios de comunicación. Preocupación que dejaba entrever la suma importancia de los mismos en el recrudecimiento de la violencia en nuestra patria. Surge una pregunta: ¿Se ha notado algún cambio substancial en ellos? Tal vez se hayan hecho eco de las acusaciones lanzadas contra esta violencia por los diversos sectores de la sociedad. Así lo creemos. Pero la presentación de la misma ¿ha variado? Es ilógico además de ridículo clamar en una mancheta o cuña por una mayor vigilancia contra los atentados, criticar actitudes de personas y al mismo tiempo, en la página o transmisión siguiente, exponer con toda realidad y crudeza un acto de violencia que sirva de pábulo a esa misma violencia criticada anteriormente.

El alerta vivo e inquietante lo debemos mantener a toda hora y en todo momento. De lo contrario, mientras llamamos en contra de la violencia, ofrecemos el alimento para que nos devore esta misma hydra.